

GONZALO PONTÓN:

“España ha tenido las clases dirigentes más corruptas de Europa”

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS
DOCTOR EN HISTORIA



© Eugénia Anglés.

EN BUSCA DE LA HISTORIA PERDIDA

Pocos editores tienen a sus espaldas una trayectoria tan larga y fructífera como la de Gonzalo Pontón (Barcelona, 1944), fundador de las editoriales *Crítica* (1976) y *Pasado & Presente* (2011), en las que ha publicado centenares de títulos de grandes firmas. Durante ese tiempo, sin embargo, no dio el paso de ser él mismo autor. Tenía en cuenta el consejo del francés Gaston Gallimard, un hombre convencido de que los buenos editores no deben escribir también, y, sobre todo, se veía sin el tiempo necesario.

Gonzalo Pontón iba a tener mucha más disponibilidad tras su jubilación, en 2009. Pudo dedicarse a partir de entonces a lo que sería *La lucha por la desigualdad* (Pasado & Presente, 2016), una crítica tan dura como exhaustiva de los mitos sobre el Siglo de las Luces. Los ilustrados, lejos de ser figuras progresistas, se revelaban en sus páginas como los defensores de un proyecto burgués al servicio del capitalismo,

contribuyendo, de esta forma, a legitimar las diferencias sociales.

En aquellos momentos creyó que aquel primer libro sería, tal vez, el último. No ha sido así, por suerte. En su monumental *España. Historia de todos nosotros desde el Neolítico hasta el coronavirus* (Pasado & Presente), traza un vasto recorrido por el pasado hispano desde la perspectiva de la gente común, de aquella que menos tiene y sufre las injusticias de los poderosos. Aprovechamos la ocasión pa-

ra plantearle algunas de las muchas cuestiones que su estudio suscita.

Su estudio comienza con una conocida cita de Gil de Biedma: “De todas las historias de la Historia, sin duda la más triste es la de España, porque termina mal”. ¿Podemos hablar de un país que sería un caso aparte dentro de Europa, o tiene razón el hispanista Nigel Townson cuando asegura que no es tan diferente?



España, que no sufrió la bota de los conquistadores como Irlanda, Bélgica, Italia o Polonia, ha tenido las clases dirigentes más corruptas, reaccionarias e incompetentes de Europa.

Tenemos tendencia a imaginar el califato de Córdoba como un gran centro político y cultural. ¿Cree usted que deberíamos dejar de fijarnos en el mundo de la corte y prestar más atención al de los trabajadores?

En el califato vivían cientos de miles de campesinos, artesanos, carpinteros, jardineros, vendedores, sirvientes o prostitutas, sometidos a una fiscalidad brutal, injusta. También ilegal, porque el Corán no la permitía. La élite andalusí exprimió sin piedad a las clases subalternas. Si nos atenemos a la historia tradicional, la que nos habla de la magnificencia de Córdoba y sus palacios, parece que los millones de dinares necesarios para la magnificencia de unos pocos caía del cielo.

Si en el siglo xvii nadie pensaba en términos de nacionalismo español, ¿cómo podemos explicar versos como los de Lope de Vega, cuando decía aquello de “Atrevióse el inglés, de engaño armado, porque al León de España vio en el nido”?

No hay ningún nacionalismo en ellos, solo imperialismo y adulación al rey. Esos versos pertenecen a un soneto sobre el ataque inglés a Cádiz en 1625. Lope de Vega nos dice que a los ingleses

les pareció que España reposaba porque había muerto Felipe III y el jovencísimo Felipe IV acababa de ascender al trono. Sin embargo, bastó su intento para que la simple sombra del León (el nuevo monarca) ahuyentara a los enemigos.

En la época de los Austrias se hablaba ya de la despoblación de Castilla. ¿Viene entonces de lejos el problema de la “España vaciada”?

No existe una “España vaciada” ni ahora ni entonces. Lo que hay es una estructura de propiedad de la tierra en Castilla que, de antiguo, expulsaba a campesinos sin tierra ni trabajo a buscar la caridad —más tarde, empleo— en las ciudades periféricas y, a partir del siglo XVI, en Madrid. Acostumbramos a olvidar que Castilla, en la Edad Media, era la región más urbanizada de Europa.

La España imperial vendía materias primas y compraba productos manufacturados. ¿Como los países subdesarrollados en la actualidad?

No solo como los países subdesarrollados, sino como España ahora mismo. Seguimos vendiendo materias primas (los componentes industriales lo son en cierto modo) y servicios, e importamos todo lo demás, incluido el dinero de la Unión Europea. El capitalismo de la globalización, tras desindustrializarnos, nos ha destinado a ejercer ese papel.

Llama la atención la gran importancia que tiene América en su libro. ¿Cree que nuestra visión del pasado está, con frecuencia, demasiado ceñida al ámbito peninsular?

No solo América tiene importancia en mi relato; también Portugal, Italia o los Países Bajos, sin cuya historia no podemos entender cabalmente la de España.

¿No le parece que en España estudiamos poco la historia de otros países y que, por eso, no acabamos de conocer bien la nuestra?

Tanto es así que nosotros disponemos de hispanistas de todas las naciones, pero ni siquiera hemos inventado las palabras adecuadas para describir a los historiadores españoles que sepan de otros países. No tenemos “galicistas”, ni



A la izqda., retrato de Francisco de Quevedo.

A la dcha., manifestación en Madrid por el Día del Trabajo, el 1 de mayo de 1978.

En la pág. anterior, *Defensa de Cádiz contra los ingleses*, por Francisco de Zurbarán, en el Museo del Prado.

“anglicistas”, ni “neerlandistas”, ni siquiera “portuguesistas”.

Francisco de Quevedo fue un gran poeta, pero también, como usted muy bien apunta, un tremendo reaccionario. ¿Cómo podríamos definirlo como personaje político?

No solo era un reaccionario, también un truhan sin escrúpulos que alquilaba su pluma al poder que en un momento determinado pudiera favorecerle más.

Los dirigentes de la Segunda República tenían la razón moral de su parte. Pero, aparte de eso, ¿eran buenos políticos? ¿Cree que supieron defender con talento su causa?

Con algún talento, sí, pero sin coraje. Burgueses conservadores en su mayoría, nunca confiaron en el pueblo, y eso, en parte, les condujo al fracaso ante sus enemigos.

Azaña dijo que España había dejado de ser católica y que había que “triturar” al Ejército. ¿Les pierde a ciertos políticos el exceso verbal?

Lo que les pierde, sobre todo, es la manipulación de sus afirmaciones, sacadas de contexto por los publicistas y sacralizadas a través de los medios de comunicación como prueba irrefutable de sus intenciones. Es exactamente el caso de esas palabras de Azaña.

En el tránsito del franquismo a la democracia, muchos políticos de izquierdas, en muy poco tiempo, dejaron atrás las ideas revolucionarias que habían profesado. ¿Adaptación a la realidad o simple oportunismo?

De todo hay en la viña del Señor. Lo único cierto es que la *realpolitik* castra el empuje emocional de una juventud generosa.

La ultraderecha actual reivindica a Franco. ¿Cómo puede ser esto posible, si sus postulados son neoliberales y el dictador aplicaba el intervencionismo estatal?

No estoy de acuerdo. El intervencionismo estatal duró solo un tiempo. En 1959, si



no antes, los franquistas se lanzaron gozosamente al torbellino del capitalismo de la mano de Estados Unidos. La ultraderecha actual reivindica el nacionalcatolicismo, que, en su acepción económica, solo puede ser, hoy, neoliberal. Otra cosa es que los dirigentes de esa derecha apenas sepan de qué va eso.

Su historia de España recupera una tradición de historia social, centrada en las clases populares, que tuvo su momento de gloria, pero hoy parece haber perdido terreno frente al retorno de la historia factual. ¿Es el suyo un libro a contracorriente?

La historia nunca es inocente. Responde a distintos proyectos políticos, económi-

cos y sociales. Al ecosistema capitalista le conviene más una historia positivista que reivindique sus logros y disimule sus fracasos. Una historia hecha desde la óptica de las clases subalternas es no solo incómoda, sino subversiva: enseña a la gente a pensar por sí misma.

¿Tiene algo que decir aún Marx a los historiadores del siglo XXI?

La metodología del materialismo histórico es la mejor herramienta que conozco para el análisis de la realidad histórica.

Mientras pareció triunfar el sistema surgido de la Transición, predominó una visión optimista de nuestro pasado. En cambio, desde que estalló la

crisis actual, los planteamientos críticos cobran un nuevo auge. ¿Es inevitable que nuestra interpretación de la historia dependa del presente?

Toda historia es una genealogía del presente. Cuando este nos plantea escenarios inquietantes y las sociedades humanas presentan señas evidentes de quiebra y desesperanza, necesitamos comprender qué está sucediendo. Buscamos en el pasado la clave interna de los proyectos sociales que han llegado a nuestros días y la explicación de por qué otros no lograron prosperar. Necesitamos datos para alimentar respuestas alternativas a las consolatorias o a las falaces que se nos ofrecen. Necesitamos llamar a las puertas de la historia. ●